

LA LOZANA ANDALUZA

UNA TRANSMIGRACIÓN DE

EL GRAN CAPITÁN

El Retrato de la Lozana Andaluza, una novela en clave

Rosa Navarro Durán

El *Retrato de la Lozana Andaluza* es una novela en clave: nada es lo que parece. Francisco Delicado creó con el relato de la vida de una prostituta un baile de máscaras, una apariencia que en muchos lugares lleva a la incompreensión del lector porque debajo están ocultos una serie de pasquines con personajes históricos, desde papas a reyes, desde cardenales a grandes nobles. Esta novela prostibularia no lo es más que en su superficie literaria, porque en su fondo hay un alegato político de alto alcance, que nos esboza un friso histórico desde fines del siglo xv a 1530, hecho por un contemporáneo con el pincel de una sátira agudísima y mordaz. Se arriesgaba mucho Delicado, por eso es tan difícil dar con las claves que permiten tirar del hilo y descubrir lo que hay detrás de las máscaras y de las escenas, unidas solo por la existencia de Lozana. Una novela sentimental de su tiempo, la *Questión de amor* (Valencia, 1513), es precisamente una obra en clave que sucede en Nápoles antes de la desastrosa batalla de Rávena, «adonde la mayoría de estos caballeros fueron muertos o presos»; y es el propio autor, que oculta su nombre, el que dice que «muda y finge todos los nombres de los caballeros y damas», y admite que eso hace «la obra algo oscura». ¿Qué no será el *Retrato de la Lozana Andaluza*, donde el autor calla su procedimiento porque la peligrosísima materia le obligaba a ello!

Solo se conserva un ejemplar, en la Biblioteca Nacional de Austria, de su única impresión, en Venecia, sin que figure en ella ni año ni lugar ni autor. Por los hechos históricos a los que alude, tuvo que imprimirse entre finales de 1529 y principios de 1530 (no habla de la coronación

del Emperador en febrero de 1530, pero hay alusiones a la paz de Cambrai, de agosto de 1529). El clérigo Francisco Delicado reveló que él era su autor al editar en 1534, en Venecia, la novela de caballerías *Primaleón*: «... son sin duda nuevos romancistas, como lo fui yo cuando compuse *La Lozana* en el común hablar de la polida Andalucía». En la introducción al libro de caballerías encontramos además datos esenciales para la correcta lectura de *La Lozana Andaluza* pues compara al rey don Enrique y su hijo Juan I con Palmerín, «y otro Primaleón como lo fue el conde de Cabra, señor de Baena, don Diego Fernández de Córdoba; y a don Duardos fue semejante otro su pariente don Gonzalo Fernández de Córdoba», pero dejó para más adelante el significado de tal asociación. El *Primaleón* fue dirigido por su desconocido autor a don Luis Fernández de Córdoba, que sería luego el yerno del Gran Capitán, como indica el propio Delicado; en esa dedicatoria prologal hace historia de la casa de Aguilar, y aunque dice que deja de hablar de la línea de primogénito, menciona a sus dos descendientes: don Alonso de Aguilar y Gonzalo Fernández de Córdoba, «al cual, por la grandeza de sus hazañas, los contrarios le pusieron renombre de Gran Capitán».

Uno de los pasquines ocultos: la casa nueva pintada

Voy a dar primero un ejemplo del doble plano de la obra, la superficie novelesca prostibularia y el escondido pas-

quín, para que pueda verse cómo funciona el relato. No es nada fácil dar con la clave que permite descifrar los pasajes, porque Delicado va cambiando de procedimiento en la encriptación y se apoya a veces en datos anecdóticos, claros para los contemporáneos, pero desaparecidos de la historia relevante de la época.

En el mamotreto XXIII Lozana entra en una casa de una cortesana diciendo «Paz sea en esta casa» (Lucas, 10, 5), y la cita bíblica es aviso para navegantes; pero primero vamos a ver cómo presenta a tal cortesana el judío Trigo cuando encamina hacia ella a Lozana. Le dice que le ha hallado una casa de una «señora rica que es estada cortesana, y agora no tiene sino dos señores que la tienen a su posta, y es servida de esclavas como una reina; que está parida y busca una compañía que le gobierne su casa». Y cuando Lozana le pregunta dónde vive, Trigo le precisa: «Allá, detrás de Bancos. Si is allá esta tarde, mirá que es una casa nueva pintada y dos gelosías y tres encerados».

Lozana entra en la casa y la recibe una esclava, que provocará una curiosa confusión:

LOZANA: Decí a su merced que está aquí una española, a la cual le han dicho que su merced está mala de la madre, y le daré remedio si su merced manda.

ESCLAVA: Señora, allí está una gentil mujer, que dice no sé qué de vuestra madre.

CORTESANA: ¿De mi madre? ¡Vieja debe ser, porque mi madre murió de mi parto!

La cortesana, interesadísima en tal asunto, mandará a otra esclava que la haga subir inmediatamente. Al ver a esta criada, Lozana exclama: «¡Oh, qué linda tez de negra!» y le pregunta cómo se llama; ella le dice que «Penda de xñora», y, en efecto, su señora la llama «Penda». El recibimiento que la cortesana le hace a Lozana es tan entusiasta que manda a la esclava que le traiga una silla para que se siente, y se la ve impaciente por saber de su madre: «Decíme, señora, ¿conociste vos a mi madre?». Entonces Lozana deshace el entuerto y le aclara que no, sino que viene a verla porque le han dicho que «estaba doliente de la madre» (o matriz); en todo ello Delicado nos ha dado muchas pistas para que podamos ver a quién esconde tras la máscara.

Detrás de Bancos está la vía Giulia, pero la señora vive un poco más atrás, porque esa casa nueva pintada —lo es para la cortesana— es nada menos que el Vaticano, cuyas cuatro estancias papales pintó Rafael Sanzio (muere en 1520) y sus discípulos entre 1508 y 1524; cuando

ocupa el solio pontificio Julio de Medici (noviembre de 1523) solo quedaba por terminar la sala de Constantino. Ha sido precisamente el nombre de la calle que está detrás de la via dei Banchi la que nos ha dado la clave para hacer caer la máscara: el papa Clemente VII, Julio de Medici.

La confusión de la esclava da nueva luz sobre el mal de madre que tiene esta cortesana, porque, en efecto, Julio era hijo bastardo de Julián de Medici, y nada se sabe de su madre porque no era de familia noble; de ahí el grandísimo interés que tiene la cortesana en que Lozana le hable de ella. Pero no se queda aquí el pasquín, porque la esclava negra se llama «Prenda de su señora» («Penda», en la lengua literaria de negros), y lo es: es la madre negra del hijo de Julio de Medici, Alejandro de Medici, «el Moro».

Delicado lanza aquí dardos al linaje y descendencia de Clemente VII. Los dos señores que, según Trigo, la tienen a su posta son Francisco I y Carlos V, y la cortesana se inclina ya hacia uno, ya hacia otro. El pasaje sigue con nuevos dardos afiladísimos contra Clemente VII, que es una de las dos dianas preferidas del escritor; la otra es Fernando el Católico, como veremos; pero el dato esencial para entender el texto es saber qué personaje se esconde tras la Lozana.

¿A quién esconde la máscara de la Lozana Andaluza?

Antes de llegar a la identificación de la Lozana Andaluza con el personaje histórico que está en su origen, que se oculta tras su máscara, hay que ver el procedimiento literario que utiliza Francisco Delicado, porque el ente literario y el real son contemporáneos solo algunos años; Lozana habla con Alejandro VI y con su hijo César Borgia, a los que trató el personaje histórico, pero este muere en noviembre de 1515, mientras su máscara literaria vive y sobrevive al Saco de Roma.

El recurso literario al que recurre en parte el escritor es la transmigración de las almas, y para entenderlo debemos recordar el diálogo *El sueño o El gallo* de Luciano, el escritor satírico griego del siglo II d. C. En él, el zapatero Micilo conversa con su gallo, que tiene en su cuerpo el alma de Pitágoras en la más reciente de sus transmigraciones; primero fue el guerrero troyano Euforbo, que en Troya hirió a Patroclo y fue muerto por Menelao; después fue el filósofo Pitágoras, y luego Aspasia, la cortesana de Mileto; seguirían sus metamorfosis en seres humanos y en

dicho antes a un Galán que le dio anoche «música de flautas de aciprés», esa máscara está ya muerta. Como puede comprobarse, no es libro fácil el *Retrato*, pero sí divertido y apasionante, transgresor —casi surrealista a veces—, y además es un documento histórico importantísimo porque se presentan desde una lente burlesca hechos de fines del xv y el primer tercio del xvi vividos por un contemporáneo.

La condición de Aquilea de la historia de Lozana

El *Retrato* es en realidad una Aquilea, nombre que aparece en el grabado donde se ve a Lozana depilando a Clarina, impreso dos veces en el libro; debajo de un personaje ambiguo que se mira en un espejo cuadrado (no redondo como el de la cortesana del primer plano), está escrita de forma destacada la palabra *Aquilea*, que nos lleva a la historia de Aquiles disfrazado de mujer. Y en la parte superior se lee «Oriana» —ni Aquilea ni Oriana se mencionan en el *Retrato*—, y el nombre cobra sentido si lo enlazamos con lo dicho por Delicado en el *Primaleón*: Oriana es princesa de Gran Bretaña y protagonista del *Amadís*, el otro libro de caballerías que editó Delicado en Venecia; y como hemos visto, el escritor identifica las hazañas del Gran Capitán con don Duardos, hijo del rey de Inglaterra.

Volvamos a la Aquilea o historia del más valiente héroe aqueo, Aquiles. Su madre, la diosa Tetis, intentó evitar su muerte en la guerra de Troya, como el hado pronosticaba, vistiéndolo de mujer y haciendo que viviera entre las hijas del rey Licomedes con el nombre de Pirra —la pelirroja—. Serían Odiseo y Diomedes, disfrazados de vendedores ambulantes, quienes ofrecerían a las muchachas ropas y joyas; pero entre ellas pusieron un escudo y una lanza. Aquiles desveló su identidad al lanzarse a coger estos últimos; y, convencido por los dos aqueos, empezó su vida gloriosa como el gran héroe guerrero.

En el *Retrato* será precisamente al mercader Diomedes el Raveñano a quien va a seguir la cordobesa Aldonza abandonando a su tía y a su tierra; recalaría con su amado en algunos lugares del Mediterráneo asociados a las victorias del Gran Capitán como Chipre o Candía. En cambio, el apelativo que tiene Diomedes va unido al gran desastre del ejército de la Santa Liga, mandado por Ramón de

Cardona, en Rávena (abril de 1512); y no es difícil asociar esta derrota del rey de España Fernando el Católico a su anterior decisión de quitarle todo mando militar al victorioso Gran Capitán, que había logrado expulsar a los franceses de Nápoles gracias al inicial triunfo en el asedio de Atella, y luego con las grandes victorias de Ceriñola y Garellano.

El padre de Diomedes se quedará con los hijos de Lozana, a los que quiere mucho, y pagará para que la maten en tierras francesas. Y aquí Delicado está jugando de nuevo con la alusión mitológica y con el hecho histórico para dejar sola a Lozana vestida a la genovesa y llevarla a que cumpla su destino romano, manejando todos los hilos de la política del momento; o, mejor dicho, para que él con la máscara de la prostituta pueda ir clavando dardos a reyes, papas y cardenales.

Gracias a Medea, Jasón logró conquistar el vellocino de oro, pero el rey Creonte de Corinto quiso matarla para casar al héroe con su hija. Este es el motivo literario que utiliza Delicado para empezar el esbozo de la actuación de Fernando el Católico porque la conquista de Nápoles fue esencial para asentar la presencia española en Italia, que ampliaría luego el emperador Carlos; y a él está apuntando con el vellocino de oro (que aparecerá mencionado en otro de los cuadros satíricos del *Retrato*, aunque bajo la deformación satírica de «la lana de cabrón»). Y refuerza la referencia mitológica la mención a los hijos de Lozana —que no desempeñan papel alguno en la vida de la cortesana—, ya que Medea sí mató a sus hijos para vengarse de Jasón, y, en cambio, el padre de Diomedes no lo hace porque tales hijos representan las conquistas militares del Gran Capitán, que hace suyas.

Hay un hecho político que marca esa actuación del Rey Católico: su visita a Nápoles en noviembre de 1506 con su mujer Germana de Foix, porque allí pudo comprobar la admiración que todos sentían por el Gran Capitán, que había ido antes a Génova a recibirle. Se le sumará la reunión que tendrá Fernando el Católico al año siguiente con Luis XII en Savona —junto a Génova—; el rey de Francia organiza un banquete como final del encuentro el 30 de junio de 1507 y coloca en la mesa, con los mismos honores que a Fernando y a Germana, al Gran Capitán. En Génova se quedaría dos años su esposa María de Manrique, que había caído enferma; y el rey Fernando le prohibió que permaneciera a su lado, obligándole a regresar a España. Esos son los he-

chos políticos que toman forma mitológica para dejar en soledad a Lozana, que va vestida de genovesa al comenzar su vida romana.

Uno de los blasones del Gran Capitán «tenía dibujado en medio el nombre santo de Jesús y María y escritas estas letras: *dirige domine cor meum in prelio et doce manus in bello*». Ese *doce manus in bello* —«enseña mis manos en la guerra»— es lo que explica unos misteriosos pasajes del *Retrato*, en los que destacan las manos de Lozana como anzuelo irresistible, y no para seducir a amantes, sino para enrolar soldados, como ahora podemos ver. Al llegar a Roma, le cuenta ella a la Sevillana que una mujer española «envió conmigo su mozo, y Dios sabe que no osaba sacar las manos afuera por no ser vista; que traigo estos guantes, cortadas las cabezas de los dedos, por las encobrir». Y, al oírla, la Sevillana le pide que se los quite para verlas, y sus exclamaciones son el mejor elogio para... el Gran Capitán: «¡Viváis vos en el mundo, y aquel Criador que tal crió! ¡Lograda y engüerada seáis, y la bendición de vuestros pasados os venga! Cobrildas, no las vea mi hijo».

Delicado da más datos para que pueda hacerse la identificación de la máscara o transmigración, y lo hace en el mismo nombre de Lozana, que, en su versión masculina *Lozano*, tiene las mismas letras que *Gonzalo* sin la *g* inicial. Y todo ello está también plasmado en otro grabado, en el de Córdoba la llana. En él pueden verse dos edificios con nombres: en una especie de torre aparecen los de Séneca, Avicena y Lucano (citados en el *Retrato* como compatriotas de Lozana), y en otra casita está solo el de Lozano (no Lozana), por tanto con parecida gloria. En la otra parte del grabado se ve el descenso de Marte de la peña de Martos, porque es él el que preside todo el *Retrato* y no Venus, como nos engaña la apariencia; y al pie es bien visible una alta granada.

Precisamente en el grabado antes comentado pueden verse muy bien en la casa de Lozana dos granadas colgadas junto a las redomillas: es otra pista para identificar la atmósfera, pues aluden a la toma de Granada por los Reyes Católicos, en cuya empresa participó también Gonzalo Fernández de Córdoba. Rampín aparece dos veces, dándole al mortero y al fuelle que enciende la lumbre de la chimenea que tiene grabada en su tiro el retrato de un personaje laureado, que representa al Gran Capitán. Pero vayamos a Rampín, ¿quién está detrás de esa máscara?

Rampín, no el gallo, sino el águila

El interlocutor de Micilo en los diálogos lucianescos es un gallo, y, como dice él mismo en *El Crotalón*, es francés: «¿y agora sabes que todos los gallos somos franceses como el nombre nos lo dice?». En el *Retrato*, Lozana tiene el mal francés, y aunque le deje huellas como si fuera la sífilis, no lo es, sino que sufre al francés como enemigo; fue a él a quien venció el Gran Capitán, y por las alabanzas de su rey, sufriría luego la envidia y las represalias de Fernando el Católico. Por tanto, nunca un gallo podía ser el compañero de Lozana, pero sí el ave elegida por Isabel de Castilla que aparece en el escudo de España, y que además se asocia con el señorío de Aguilar, que era el de Gonzalo Fernández de Córdoba: el águila.

Pero vamos a ver qué pistas nos da Delicado para llegar a tal identificación. Tenemos que entrar en Roma con la Lozana, donde sufre la avaricia de algunas españolas (entre ellas está «la puta vieja barbuda estrellera», que veremos reaparecer); pero luego la reciben muy bien otro grupo de camiseras españolas, entre las cuales está Beatriz de Baeza, que, como dice ella misma, es «confesa necia», y luego aclara más, «que yo soy una boba», porque es la máscara de Beatriz de Bobadilla, la gran amiga de Isabel la Católica, cuyo marido, Andrés Cabrera, era de origen judío (Bobadilla está a muy pocos kilómetros de Baeza). Beatriz le recomienda que vaya a casa de una napolitana, que conoce a muchos señores, y un niño le servirá de guía hasta ella; se llama Aguilarico, y cuando Lozana oye su nombre exclama: «¡Ay, señora mía! ¿Aguilarico se llama? ¡Mi pariente debe ser!». Y Beatriz le contesta que podría ser porque «ahí junto mora su madre». Gonzalo Fernández de Córdoba era señor de Aguilar, de ahí la exclamación de Lozana al oír el nombre del niño.

Después que, guiada por Aguilarico, Lozana abandona ese espacio de amigas, llega a un lugar desfavorable, en donde los personajes hablan catalán y llaman al niño en esa lengua: Aguilaret. Su madre, la Sogorbese, insulta a la Lozana: «¡Anau al burdell, i laxau estar mon fill!»; y enseñada se encuentra esta con una Mallorquina, que al comienzo parece que le es más favorable, pero la acabará también despidiendo con una maldición.

La Sogorbese es la máscara del hijo natural de Fernando el Católico, Alonso de Aragón, arzobispo de Valencia, porque nunca acudió a su sede y puso en su lugar a Gilberto Martí, obispo de Segorbe; el rey nombró a su hijo lugarteniente del reino de Nápoles en 1507 para sus-

tituir al Gran Capitán, al que había ordenado regresar a España. Lozana pregunta quién es «aquella hija de corcovado y catalana, que, no conociéndome, me deshonró»; el corcovado es Fernando el Católico y lo es por ser camaleón, que cambia de color según le conviene; y la madre catalana es Aldonza Ruiz (o Roig) de Iborra. Si la Sogorbésa la deshonra sin conocerla, además de referirse a la escena novelesca que ha sucedido antes, alude a esa ofensa de sustituir al Gran Capitán en el mando de Nápoles.

La Mallorquina es Rodrigo Borgia, porque antes de ser el papa Alejandro VI, fue obispo de Mallorca. Se enfada y la maldice porque a Lozana no le interesa lo que le ofrece ella pues está buscando otra cosa, y entonces comenta la cortesana: «¡Válalas el diablo, y locas son estas mallorquinas! ¡En Valencia ligaros hían a vosotras! ¡Y herraduras han menester como bestias!». En el escudo de los Borgia figura un buey, y siempre se asocian con tal animal en el *Retrato*; en otro pasaje saldrá un vieja lavandera «milagrosa» con la boca hundida, que dice que su parentado «cuando comen parece que mamillan» (es decir, parece que maman o rumian como los bueyes), y es de nuevo Alejandro VI; y al final nos encontraremos con Coridón, al que llama «buey hermoso», que es César Borgia, aunque también tiene la hermosura del gallo porque los franceses lo nombraron duque de Valentinois. De ahí que Lozana hable de que necesitan herraduras «como bestias», y la mención a Valencia nos lleva de nuevo a su origen.

Pero sigamos el camino de Lozana porque ya llegamos a nuestra meta: la Napolitana —Nápoles—, en cuya casa se siente como en la suya, porque como le dice ella «por do fueres, de los tuyos halles. Quizá la sangre os tira». Y la Napolitana, que tiene dos hijas y dos hijos, aunque luego se hable de que solo tiene uno, será quien le ofrecerá como guía a su hijo Rampín. Uno de sus hijos es rubio como unas candelas y el otro crespo; una de las hijas es morena; y su marido se llama Jumilla. Lo que se está dibujando es el escudo de España: el hijo rubio, en cuya mano Lozana leerá que tiene tendencia a la rapiña, es Aragón, el del campo dorado; por tanto, apunta de nuevo a Fernando el Católico. Las dos hijas son Sicilia y la morena Córcega porque en su escudo tiene cuatro cabezas de moros, morenas; Jumilla representa a Castilla, porque el señor de Jumilla fue Juan Fernández Pacheco y Téllez de Girón (m. 1474), hombre de confianza de Enrique IV y tutor del infante Alfonso (hermano de Isabel la Católica); y una de sus hijas, Catalina Pacheco se casa con Alfonso Fernández de Córdoba, el hermano mayor de Gonzalo.

La Napolitana le dará a Lozana a su hijo Rampín para que le sirva de guía, y si unimos este muchacho al niño que antes ha salido en el mundo de la corona de Aragón, Aguilarico o Aguilaret, y vemos lo que la madre dice de él, «de diez años le sacamos los braticos y tomó fuerza en los lomos», no es difícil ver que Delicado sustituye al gallo francés por el animal correspondiente que está como fondo del escudo de España: el águila. El águila de San Juan fue elegida como emblema por la princesa Isabel y luego incorporada al escudo de España, pero unida siempre al reino de Castilla; se le sacaron las patitas (que también figuraban en el sello de Isabel como princesa), y no hay duda además de la fuerza que gana en el lomo en esos años de conquistas. El nombre del águila, femenino, obliga a Delicado a buscar otro masculino con resonancias heráldicas, y elige el de Rampín, que podríamos asociar al león rampante, pero que no equivale a él porque el león solo representa a uno de los reinos de Castilla. Y hay que sumar un nuevo dato: Gonzalo es señor de Aguilar tras la muerte de su hermano Alfonso; Gonzalo es el segundón, que en Córdoba se llama «pelón», como recoge ya el *Diccionario de autoridades*, y en nueva diología veremos cómo la principal actividad de Lozana es la de pelar cejas haciendo honor a la condición del personaje cuya transmigración y máscara es. Incluso el nombre Azuaga que le aplica Lozana una vez a Rampín nos lleva al padre de María Manrique, la esposa de Gonzalo, porque Fadrique Manrique era comendador de Azuaga.

Seguirá el trayecto de Lozana, ya acompañada por Rampín, por Roma; se quedará un rato en casa de la lavandera «milagrosa» que, como he dicho antes, es el papa Alejandro VI, que lava muchas camisas porque limpia muchos linajes de judíos a cambio de dinero, y luego llegan a casa de la tía de Rampín.

¿Y la larga primera noche que pasan juntos los dos, Lozana y Rampín? No hay más que ver que los despierta un herrero, y el lector puede cambiar el vocabulario de la unión amorosa por el de un combate a espada porque es el mismo; y además tiene que recordar que es Vulcano, el dios herrero, el que forja de noche las armas para Aquiles, y en el escudo representa a las Piérides o cabrillas («están las cabrillas sobre este horno» dirá Rampín). Los dos personajes se entrenan en esos sucesivos combates a espada en casa de la tía de Rampín, que es una alegoría de la Iglesia; y su marido en ese momento («todos lo tienen por un asno», como ella dice), es un Medici, León X, porque está dando vueltas al asador (la parrilla es el emblema de su padre, Lorenzo el

Magnífico), y quiere ser «gallo» porque va a firmar el Concordato de Bolonia con los franceses. Al comer, va a tirar la mesa y «deja caído el banco» porque deja en bancarrota a la Iglesia, que le pide prestado dinero a Rampín en la puerta de su propia casa, y él le ofrece «un julio», como guiño al anterior papa, Julio II.

Todo pasaje es un pasquín, pero las claves para descifrarlo van cambiando en cada caso; así, por ejemplo, los médicos que aparecen son Medici, los cardos son los Cardona, o el escobador de palacio es el embajador Francisco de Rojas y Escobar. Las putas del *Retrato* son soldados; y las cortesanas son reyes, papas, cardenales, gobernadores y capitanes generales; y tampoco faltan figuras alegóricas, como Rampín o su tía. Dos son las dianas de Delicado a las que van dirigidos el mayor número de dardos: Fernando el Católico, por su mezquina actuación contra el Gran Capitán, y Clemente VII, por haber sido traidor al Emperador; a él le culpa de que acaeciera el Saco de Roma, que vivió el escritor; y además el yerno del Gran Capitán, Luis Fernández de Córdoba, era embajador de Carlos V en Roma cuando su elección, que propició haciendo que el cardenal Colonna votara al mismo candidato que su enemigo el Orsini. Clemente es la cortesana de la casa nueva pintada, pero aparecerá bajo distintas máscaras, como Septuaginta, Siete-coñicos y otras más (como Aurelio, con nombre del emperador porque sucede al papa Adriano, por ejemplo). El proceso de desenmascarar lo que está diciendo Delicado no es nada fácil, hay que lograr la clave en cada ocasión. Voy a copiar un pasaje que los lectores pueden fácilmente describir siempre que tengan en cuenta la identidad de Lozana y quién es la envidiosa persona que, en pleno triunfo, lo borró de la escena política.

La vieja de las cuentas

Ve venir Lozana a una vieja y dice: «Mirá allá cuál viene aquella vieja cargada de cuentas y más barbas que el Cid Ruy Díaz». Y la palabra clave para saber de quién se trata es «cuentas». Pero es mejor oír directamente el sabrosísimo diálogo entre Lozana y la vieja puta barbuda y santiaguera (que es la estrellera antes citada):

VIEJA: ¡Ay, mi alma, parece que os he visto y no sé dónde! ¿Por qué habéis mudado vestidos? No me recordaba. ¡Ya, ya! Decime, ¿y habeis hecho puta? ¡Amarga de vos, que no lo podré sufrir, que es gran trabajo!

LOZANA: ¡Mirá qué vieja raposa! ¡Por vuestro mal sacáis el ajeno!, ¡puta vieja, cimitarra, pultrófera, soislo vos dende que nacistes, y pésaos porque no podéis! ¡Nunca yo medre si vos decís todas esas cuentas!

VIEJA: No lo digáis, hija, que cada día las paso siete y siete, con su gloria al cabo.

LOZANA: Ansí lo creo yo, que vos bebedardos sois. ¿Por qué no estáis a servir a cualquier hombre de bien, y no andaréis de casa en casa?

VIEJA: Hija, yo no querría servir donde hay mujer, que son terribles de comportar, quieren que hiléis para ellas y que las acompañéis. Y «haz aquí y tomá allí», y «esto no está bueno». Y «¿qué hacéis con los mozos?» «¡Comé presto y vení acá!» «¡Enjaboná y mirá no gastéis mucho jabón!» «¡Jaboná estos perricos!» Y aunque jabonéis como una perla, mal agradecido, y nada no está bien, y no miran si el hombre se vido en honra y tuvo quien la sirviese, sino que bien dijo quien dijo que no hay cosa tan incomportable ni tan fuerte como la mujer rica.

La dilogía de «cuentas» nos lleva a las que reclamó al Gran Capitán Fernando el Católico, porque es él esa vieja puta santiaguera, y la dama a la que ella se lamenta de haber servido es Isabel la Católica; la orden de «jabonar los perricos» tiene que leerse a la luz del insulto que se aplicaba a los judíos en esos tiempos de su expulsión y a la limpieza de su linaje. El llamarla «bebedardos» dibuja la condición que caracteriza al personaje, la de ser envidioso, porque una de las coplas del debate de Razón contra Voluntad que escribió Gómez Manrique, al hablar de la Caridad como remedio de la Envidia, dice: «esta te defenderá / de los dardos envidiosos»; esos son los dardos que bebe la vieja puta contadora.

Con el ejemplo inicial y este final, no creo que quede duda de que la serie de pasquines escondidos tras esa superficie prostibularia tiene intensísima fuerza satírica e indudable interés historiográfico. El *Retrato de la Lozana Andaluza* es una novela en clave: no hay en él polvos, sino lodos. Las putas, las cortesanas, los rufianes son reyes, papas, cardenales, grandes militares, protagonistas de la política de esos convulsos años en Italia. Es un libro apasionante, y el cuidado de un lector —unido al azar— lo ha salvado de su desaparición; pero ya es hora de levantar su capa novelesca para leer lo que su autor quiere de verdad contarnos.

Nota: Cito el texto por mi edición de Francisco Delicado, *Retrato de la Lozana Andaluza*, Madrid, Biblioteca Castro, 2017. ■ ■